

EN LA ESTELA DE SCHOPENHAUER Y MAINLÄNDER: LA FILOSOFÍA “PEORISTA” DE MANLIO SGALAMBRO

IN THE WAKE OF SCHOPENHAUER AND MAINLÄNDER:
MANLIO SGALAMBRO'S “PHILOSOPHY OF THE WORSE”

MANUEL PÉREZ CORNEJO, VIATOR
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LICENCIADO EN HISTORIA DEL ARTE
IES LOPE DE VEGA (MADRID, ESPAÑA)
PRESIDENTE DE LA SECCIÓN ESPAÑOLA DE LA
INTERNATIONALE PHILIPP MAINLÄNDER GESELLSCHAFT (IPMG)

RESUMEN: El presente artículo se propone exponer los rasgos fundamentales del «peorismo», teoría formulada por el filósofo italiano Manlio Sgalambro, bajo la influencia de Leopardi, Schopenhauer, Mainländer y los principios entrópicos de la termodinámica contemporánea. Sgalambro critica el pesimismo schopenhaueriano, por considerarlo demasiado centrado en el dolor humano, y elabora una filosofía que coincide con la tesis mainländeriana de que el universo es el producto decadente de un *élan mortel*, procedente de un Dios en descomposición, que se aniquiló a sí mismo. El nihilismo radical de Sgalambro implica una reformulación de la ética y la política, que va desde el planteamiento de un «comunismo de la desesperación», que conjuga a Marx con Schopenhauer, a una «ética de las postrimerías», que reivindica la antigua literatura de consolación (Séneca, Boecio). Finalmente, se exponen los argumentos más importantes de la estética sgalambriana, en la que la belleza es lo contrario del ser (malo y doloroso) y del arte (que la belleza trasciende). Sgalambro complementa estos análisis con una apología de la música ligera contemporánea en su «teoría de la canción», que interpreta la música *pop* y *rock* como el último consuelo que le queda al hombre contemporáneo, y a la vez como un símbolo de lo efímero y la futilidad de nuestra vida y del conjunto del universo.

PALABRAS CLAVE: Sgalambro, Schopenhauer, Mainländer, Nietzsche, Leopardi, música, nihilismo, entropía, muerte de Dios, termodinámica, comunismo, consolación, teología, estética.

ABSTRACT: This article aims to expose the fundamental ideas of the «philosophy of the worse», proposed by the Italian philosopher Manlio Sgalambro, under the influence of Leopardi, Schopenhauer, Mainländer and contemporary thermodynamics. Sgalambro criticizes Schopenhauerian pessimism, considering that it focuses too much on the human being, and elaborates a philosophy that coincides with Mainländerian thesis that the universe is the decadent product of a *élan mortel* from a decaying God who annihilated himself. The radical nihilism of Sgalambro implies a reformulation of ethics and poetics: Sgalambro proposes a «communism of despair», which brings together Marx and Schopenhauer, and builds a «apocalyptic ethics» which vindicates the consolatory literature of Seneca and Boetius. Finally, Sgalambro holds a nihilistic aesthetics, in which the beauty is the opposite of being (bad and painful) and of art (which beauty transcends). Sgalambro makes also an apology of music (especially *pop* and *rock* music) in his «theory of song». According to Sgalambro, music is at the same time the last consolation that remains for the contemporary nihilist man and a symbol of the ephemeral and the futility of our life and of the universe as a whole.

KEYWORDS: Sgalambro, Schopenhauer, Mainländer, Nietzsche, Leopardi, music, nihilism, entropy, death of God, thermodynamics, communism, consolation, theology, aesthetics.

«Soy un schopenhaueriano infeliz.»
M. SGALAMBRO, *Teoria della canzone*

«La filosofía eterna se inicia con el terror.»
M. SGALAMBRO, *La morte del sole*

«En el concepto de decadencia siempre se encuentran las mismas cosas: el fin de las ilusiones, la decadencia de los mitos y de todo aquello que ahora se reconoce que está de más; también aquella dosis “necesaria” de mal, que recorre con perfecta indiferencia toda época, ahora produce horror, y la indignación por haber sido concebidos se remonta a las estrellas; por último, el venir a menos de la voluntad. Es un momento inigualable. Un extinguirse lento y majestuoso, dulce y sin estremecimientos. Casi tan bello como un crepúsculo cantado en un viejo *Lied*. *Fini du tout*.»

M. SGALAMBRO, *La morte del sole*

«Yo no soy un apocalíptico, sino un termodinámico.»
M. SGALAMBRO, *Trattato dell'età*

1. PEORISMO VS. PESIMISMO «ANCIEN RÉGIME»

Manlio Sgalambro (Lentini, 1924-Catania, 2014) es conocido, sobre todo, como letrista de algunas de las canciones de su amigo, el cantante y compositor Franco Battiato (*La Cura, Ferro Battuto...*)¹, pero en realidad fue un notabilísimo filósofo, escritor y poeta, cuya figura, prácticamente desconocida entre nosotros, considero imprescindible reivindicar para el público hispanohablante, especialmente en lo que se refiere a los importantes vínculos que cabe establecer entre su teoría y las reflexiones de Schopenhauer (1788-1860) y Philipp Mainländer (1841-1876).

La obra de Sgalambro tiene una orientación a la vez ecléctica y nihilista, y en ella se detectan, entre otras muchas influencias, las de Spinoza, Kant, H. Cohen, Schopenhauer, Leopardi, Nietzsche, Hegel, Marx, Renzi, Papini, Cioran y, como acabamos de decir, la del joven filósofo de Offenbach am Main². Conviene decir, no obstante, que Sgalambro, a pesar de la originalidad de su pensamiento, se siente un simple epígono de las monumentales filosofías creadas por estos pensadores, y rechaza, por su parte, cualquier pretensión de originalidad; al contrario: piensa que es necesario recuperar para la filosofía las figuras de «epígono» y «discípulo», es decir, la de aquellos que siguen la estela de un gran pensador, comprometiéndose con la búsqueda de la verdad que él ha iniciado³.

Después de publicar algunos pequeños ensayos en revistas, entre los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, Sgalambro escribió el que muchos consideran su libro más importante, *La morte del Sole* [*La muerte del Sol*] (1982), al que le siguieron, entre otros volúmenes, *Trattato dell'empietà* [*Tratado de la impiedad*] (1987), *Anatol* (1990), *Del pensare breve* [*Del pensamiento breve*] (1991), *Dell'indifferenza in materia di società* [*De la indiferencia en materia de sociedad*] (1994), *La consolazione* (1995) [trad. esp.: *La consolación*, Pre-Textos, Valencia, 2008], *Trattato dell'età* [*Tratado de la edad*] (1999), *De mundo pessimo* [*Del mundo pésimo*] (2004), *La conoscenza del peggio* [*El conocimiento de lo peor*] (2007), *Della misantropia* [*Sobre la misantropía*] (2012) y *Variazioni e capricci morali* [*Variaciones y caprichos morales*] (2013).

¹ El profesor Antonio Carulli, en su imprescindible libro *Introduzione a Sgalambro* (Il Melangolo, Genova, 2017, pp. 190 y ss.), ha señalado que no debe dársele demasiada importancia a la colaboración de Sgalambro con Battiato; piensa, incluso, que dicha colaboración puede haber contribuido a banalizar su difícil pensamiento y a desacreditar la figura del filósofo, que sin ella «habría sido un autor inaccesible, de culto». De hecho, dice Carulli, la filosofía de Sgalambro tiene una vocación decididamente occidental, y en ella no cabe encontrar ninguno de los referentes habituales del músico catanés: ni el Tibet, ni la India, ni Japón, ni el misticismo sufí. Carulli cree que la colaboración entre músico y filósofo podría interpretarse, quizás, como un rasgo desenfadado de Sgalambro, quien, igual que Nietzsche, siempre valoró el humor como un rasgo inseparable de la auténtica filosofía (Carulli, A., *op. cit.*, pp. 179-181).

² Ha sido también Antonio Carulli quien ha estudiado, en el libro citado, las diversas «fuentes» del pensamiento sgalambriano, citando entre ellas a Mainländer, al que considera «uno de los autores más saqueados» por el siciliano, junto con G. Renzi (cfr. *Introduzione a Sgalambro*, *op. cit.*, p. 169). En este artículo pretendemos mostrar los puntos concretos de esta influencia de Mainländer sobre Sgalambro.

³ Sgalambro, M., *La morte del sole*, Adelphi, Milano, 2017⁹, p. 15.

Marcello Veneziani describe a Sgalambro como una suerte de «Cioran siciliano»⁴, si bien el pesimismo que defiende este tardío discípulo de Gorgias es un pesimismo de corte mediterráneo, cargado de apasionamiento y realismo. En efecto, la filosofía de Sgalambro es el «*peorismo*», algo *aún peor* que el pesimismo. El filósofo de Lentini sostiene que debemos sustituir la idea de salvación por la de *perdición*. Vivir es algo servil, dice Sgalambro, por lo que la libertad solo puede vincularse al pensamiento, un pensamiento que —dice Veneziani— él procura concentrar llevando permanentemente gafas oscuras, a fin de provocar una «ceguera artificial», que le ayude a crear las condiciones perfectas para ejercitar la mente, y que desemboca forzosamente en el fatalismo y la desesperación: no hay nada que hacer ni que decir sobre la realidad, sólo queda *maldecirla*.

Frente al frívolo relativismo posmoderno, Sgalambro pretende basar su pensamiento filosófico en evidencias. La filosofía, para él, no es una «actividad de autor», como cree el posmodernismo —que con su neoliberalismo de la verdad ha actuado, precisamente, como represor de la verdad—, sino un impulso que pesa casi como un destino que adviene al sujeto, algo que cae sobre él casi como la «mala suerte», y que se traduce en una búsqueda apasionada de la verdad objetiva⁵, por hostil que esta pueda ser⁶; la filosofía se planta ante nosotros, de forma imperativa, y se filosofa por necesidad, de modo que quien se arroja al camino de la filosofía se ve empujado por su espíritu, aunque no quiera y aunque sepa que «conocer es infligir sufrimiento»⁷. El auténtico filósofo pertenece a una especie de «Orden invisible» de aventureros, una auténtica «milicia del espíritu»⁸, consagrada a descubrir y conquistar nuevos continentes espirituales, que pasan desapercibidos para quien renuncia a emprender el viaje del conocimiento⁹.

Además, igual que sostuvo Mainländer, la filosofía es para Sgalambro siempre *inmanente*, una filosofía referida al mundo¹⁰, un mundo que no es mera representación, como creyeron Kant y con él Schopenhauer, ni tampoco se justifica como fenómeno estético, al decir de Nietzsche¹¹, sino que ha de entenderse como algo que existe con independencia del sujeto

⁴ «Manlio Sgalambro: come migliorare la vita con il peggiorismo», www.ilgiornale.it.

⁵ Cfr. Sgalambro, M., *Anatol*, Adelphi, Milano, 1990, pp. 12 y 91.

⁶ Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, pp. 19-27. En la p. 44, declara, rotundo: «la tarea de quien se ocupa de la filosofía es ocuparse de la verdad, no de la filosofía».

⁷ Sgalambro, M., *De mundo pessimo*, Adelphi, Milano, 2004, Introduzione, p. 22; cfr., asimismo, *Anatol*, *op. cit.*, p. 23.

⁸ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, p. 41. Para el conocedor de la filosofía de Mainländer resulta evidente que esta «Orden filosófica» sgalambriana deriva su inspiración de la fantástica «Orden del Grial» que Mainländer describe en el Tomo II de su *Philosophie der Erlösung [Filosofía de la redención]*, escrito en 1876, pero publicado póstumamente por su hermana Minna Batz-Mainländer en 1886.

⁹ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, 1990, pp. 85 y 148.

¹⁰ Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, Adelphi, Milano, 2007, p. 56.

¹¹ Sgalambro acusa a Nietzsche de haber liquidado el pesimismo, con su filosofía trágica: «la liquidación del pesimismo teórico viene señalada por la entrada en escena de lo trágico, que lo materializa de manera burlona. Las

individual. El pesimismo únicamente llega a consumarse cuando uno experimenta esa ceremonia de iniciación que, como supo comprender Hegel, consiste en entender que considerar que el mundo es «solo representación» es un pensamiento infantil: es menester ser consciente de que un mundo horrible, «que se debe a un demonio»¹², está ahí, y es necesario educar al sujeto para que sea capaz de juzgarlo en su verdadero valor, que es, simple y llanamente, *pesimum*: eso, ni más ni menos, es lo que entiende Sgalambro por «educación pesimista»¹³.

El pesimismo está pues, justificado, pero Sgalambro juzga que el concepto habitual del pesimismo —el «pesimismo filosófico *ancien régime* (o sea, Schopenhauer)»¹⁴, como él lo llama—, está lastrado por componentes antropocéntricos y es «demasiado humano»; hay, por tanto, que quintaesenciar el pesimismo, y tender hacia el pesimismo *en sí*: mientras el pesimismo tradicional «conciene a la vida —una cosa bien modesta—, el pesimismo en sí [conciene] a la totalidad»¹⁵, debe alcanzar «una victoria sobre el sentimiento»¹⁶, y ha de esforzarse, como ya apuntaba Platón, por conocer «lo peor»:

Así, si uno quisiese hallar respecto de cualquier cosa la causa de por qué nace o perece o existe, le sería preciso hallar respecto de ella en qué modo le es mejor ser, o padecer o hacer cualquier otra cosa. Según este razonamiento, ninguna otra cosa le conviene a una persona examinar respecto de aquello, ninguna respecto de las demás cosas, sino qué es lo mejor y lo óptimo. Y forzoso es que este mismo conozca también lo peor. Pues el saber acerca de uno y lo otro es el mismo.¹⁷

Esta tarea de pensar «lo pésimo en sí» —una suerte de «retorno a las cosas mismas» o al *Lebenswelt* husserliano, pero pesimista¹⁸— le corresponde al *genio teórico*, una categoría schopenhaueriana que reivindica Sgalambro, quien sostiene, como Schopenhauer, que «el conocimiento genial es el verdadero conocimiento»¹⁹, reservado al misántropo y misólogo, es decir, al «infeliz

palabras corruptoras de Nietzsche: la existencia y el mundo están justificados como fenómeno estético, es decir, como tragedia, dan testimonio de su nacimiento. El sufrimiento como levadura de la belleza y de la afirmación heroica: he ahí el sentido nefasto y anti-pesimista de lo trágico; la transformación del mundo en objeto heroico-estético. Del pesimismo se pasa aquí al tragicismo, donde el horror del mundo se convierte en objeto de un placer digno de reyes» (Sgalambro, M., *La muerte del sol*, *op. cit.*, pp. 156-157).

¹² *Ibid.*, p. 84.

¹³ Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, pp. 120-121 y 170.

¹⁴ *Ibid.*, p. 109.

¹⁵ Sgalambro, M., *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 24.

¹⁶ Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, pp. 152-153.

¹⁷ Platón, *Fedón*, 97d4. *Cfr.*, también, Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, pp. 28-29.

¹⁸ En uno de sus característicos giros, ¡Sgalambro cuenta a Husserl entre los pesimistas, por su voluntad expresa de volver a toda costa a la verdad de la vida!; de hecho sostiene que el método pesimista consiste en «suspender la vida», para poder juzgarla correctamente, subvirtiendo su valor, y afirma, incluso, que esta es la verdadera «transvaloración de los valores». *Cfr.* Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, pp. 59 y ss. y pp. 129-131.

¹⁹ Sgalambro, M., *Della filosofia geniale*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 149.

absoluto»²⁰, que no es otro que aquel que ha llegado a comprender la terrorífica verdad²¹ a la que está destinado el hombre, una verdad que está, sin remedio, *en contra* nuestra:

El mundo tiene el aspecto de algo que apenas y difícilmente puede seguir adelante; dicho de otro modo: es «malo» tanto como pueda conciliarse con su existencia real. [...] El mundo está como hecho a medias, como si no estuviese terminado, como si se hubiese parado antes de tiempo [...], como si el esfuerzo por ser se hubiese interrumpido en sus inicios».²²

Es de esta imagen pésima del mundo de la que debe partir el «peorismo», no del sufrimiento vital del hombre. Lo importante para el pesimismo es que haya un mundo, y que ese mundo no sea una mera representación: solo entonces se superará el «pesimismo del sufrimiento» y nos quedaremos con el verdadero pesimismo, que es el «pesimismo de la verdad», que reconoce sin tapujos la existencia del mundo, y que ese mundo es lo «peor».

Sgalambro considera que únicamente este pesimismo ampliado, profundizado y radical, que es «anterior a Cristo», porque ha renunciado a cualquier posible mediación y esperanza²³, puede encargarse de denunciar el demérito del mundo. Se trata de un pesimismo que es capaz de ver la ferocidad, maldad y crueldad de la cosa en sí en los ojos del malvado²⁴, y «que no concierne a la pequeñez de la vida [humana], sino a la totalidad»: por eso es realmente emancipador y libera nuestra conciencia²⁵.

Este pesimismo es, asimismo, la *mejor* filosofía para aquellos que habitan el *peor* de los mundos²⁶. Si se le plantease el problema de la utilidad o el perjuicio que implica el pesimismo para la vida, el filósofo peorista solo puede dar una respuesta: «la verdad o la vida». Mas esa verdad, que descubre y honra el filósofo peorista, y que es «matemáticamente segura», se define, como dijimos antes, por estar *a la contra*²⁷, pero ¿a la contra de qué?

2. LA MUERTE DEL SOL: TEOLOGÍA DE UN «DIOS MURIENTE»

Primeramente, Sgalambro considera necesario volver a la idea de que la filosofía es *ancilla theologiae*²⁸, y para ello es necesario fundar una *nueva teología*, una teología emancipada, practicada por

²⁰ Sgalambro, M. *Della misantropia*, Adelphi, Milano, 2012, pp. 17-19.

²¹ Para Sgalambro, el idealismo ha intentado siempre eliminar la realidad, y con ella el terror que esta suscita, de modo que «el verdadero progreso sería restablecer el terror [...], que descubre la realidad como íncubo que estaba olvidado» (cfr. Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, pp. 56 y ss.).

²² Sgalambro, M., *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 48.

²³ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, p. 49.

²⁴ Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, pp. 29-30.

²⁵ *Ibid.*, pp. 48 y 53.

²⁶ Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, p. 29.

²⁷ *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 56.

²⁸ Sgalambro, M., *Della misantropia*, *op. cit.*, pp. 56 y ss.

teólogos cínicos y duros, que, habiendo asumido la «truculenta filosofía de Schopenhauer»²⁹, nieguen a Dios, y sostengan que Dios no es la única y suprema verdad, ni el «ente supremo», como suele decirse en ontología, sino el «ser ínfimo»; y esta convicción debe conducirnos a adoptar frente a Él una postura, no de ateísmo, sino de *impiedad*, es decir, debemos hacer un esfuerzo consciente por separarnos de Él³⁰. En este sentido, el impío, aquel que no cree *en* Dios, sino *a* Dios, es el verdadero creyente³¹, porque cree que la idea de Dios es una idea inferior, banal, por lo que el primer mandamiento del teólogo impío es: «no amarás nunca a Dios», mandamiento del que se derivan la *maledictio in ordine ad Deum*, la *detestatio Dei*, el *odium Dei*, el *contemptus Dei* y, muy especialmente, la acedia, el *fastidium Dei*, la *desesperatio* frente a Dios³²: todas ellas son posturas de ruptura o separación de Dios, que surgen cuando comprendemos la inferioridad y vaciedad de este concepto. De Dios no tenemos más que un nombre, un concepto pensado por el hombre³³, y esto demuestra que Dios no es superior al hombre, sino que el hombre supera a Dios, porque, si Dios es un concepto, quien lo piensa supera al ente que está pensando:

Yo pienso en Dios; por tanto, en el acto en que lo pienso soy superior a Dios. [...] Yo estoy por encima de Dios. Puesto que lo pienso (lo pienso íntegramente y me es perfectamente inteligible), lo rebajo a objeto de mi pensamiento (puesto que soy yo quien pienso en mi objeto). En ese mismo instante, la relación se invierte: yo (el teólogo) soy el *summum ens* y Dios es el *infimum ens*.³⁴

Pero hay más (pues este pensamiento impío lo cambia todo): Dios, dice Sgalambro, es el ser aniquilador [*Annientante*], un Dios-Moloch³⁵, porque todos los predicados que podemos adscribirle son negativos³⁶. Por eso Dios *no* puede salvarnos de la muerte, porque «Dios aniquila continuamente, [porque] Él es la *destruction continuée*»³⁷; dicho de otro modo: las ideas de la nada y de la muerte son la idea misma de Dios: «No es Dios la muerte, sino que la muerte es Dios»³⁸.

²⁹ *Ibid.*, p. 66.

³⁰ Sgalambro, M., *Lettera sull'empietismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 218.

³¹ Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, pp. 84-86.

³² Sgalambro, M., *Della misantropia*, *op. cit.*, pp. 45 y ss. «Lo que se instala en lugar de la conciencia religiosa —exactamente, como una conciencia *diferente*— es la conciencia impía, en toda su majestad y autonomía. También la teología, por tanto, es impía, no profana. [...] La conciencia impía es una cosa totalmente diferente. En ella se expresa la quiebra del *rispetto* a Dios y la pérdida de la *fe* en Él. [...] Con el venir a menos de la fe en Dios, en el sentido que dicha fe ha tenido para el alma occidental, nace el pesimismo teológico como aversión sistemática, como “odium Dei”. Mientras el ateísmo es una simple opinión, la impiedad es una forma eterna del alma» (Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, p. 86).

³³ Sgalambro, M., *Lettera sull'empietismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, pp. 236-237.

³⁴ *Ibid.*, pp. 245-246.

³⁵ Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro*, *op. cit.*, p. 112.

³⁶ Sgalambro, M., *Lettera sull'empietismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, pp. 248-249.

³⁷ Sgalambro, M., *Della misantropia*, *op. cit.*, p. 52.

³⁸ *Cfr. Il cavaliere dell'Intelletto*, Libreto para la ópera de Franco Battiato (en: sgalambro.altervista.org). Asimismo, en *Anatol*, sentencia nuestro filósofo derrotista: «La muerte es el verdadero nombre de Dios», dicho de otro

Del examen de la idea de la nada surge la idea de algo activo, de una *enérgeia*, la idea de la destrucción. La nada [*il Niente*] es propiamente lo aniquilante [*l'annientante*]. Dios es el aniquilador [*Dio è l'annientante*], el aniquilamiento perpetuo del ente. [...] Dios es la «nada» [*il «niente»*] en el sentido más ignominioso. [...] De la «nada» de Dios, os aseguro que no surge el crear, sino el permanente devenir nada de todo ente. ¿Puedo decirlo? Solo su destrucción. [...] Lo que espero de Dios, por tanto, no es la «nulidad» [*il «Nulla»*], sino el puro aniquilamiento. [...] [Porque] Dios no es la nada [*il «Nulla»*], sino el puro aniquilamiento [*l'Annientante*].³⁹

Según Sgalambro, al ser humano le corresponde un ilimitado «derecho ontológico» a ser. Entonces, ¿cómo es que morimos?; dicho de otro modo: ¿qué derecho tiene Dios sobre nuestra especie? El derecho fundamental del que deriva todos los demás la teología europea es el derecho de muerte, de manera que:

El *ius Dei* es el derecho de Dios a la muerte de los seres humanos, sancionado por ley. [...] La muerte deriva de Dios, no de nuestra naturaleza. Dios es el ente que tiene por esencia el derecho de darnos muerte. [...] Dios es aquel que decide sobre nuestra muerte y que ha decidido: *non posse non mori*. La muerte no es natural, sino supranatural.⁴⁰

En el *Trattato dell'età. Una lezione di metafisica* (1999), Sgalambro ataca los extremos de la vida: infancia y vejez, que tilda de nefastos: la vida es una enfermedad infantil, y la vejez un tráfico de recuerdos y un comentario viviente de imágenes⁴¹. En realidad, para Sgalambro, no somos seres vivientes, sino seres que mueren, moribundos [*morienti*], y, una vez «muerto Dios» y habiendo desaparecido de la conciencia occidental, es «el viejo el que ha ocupado su horrible puesto», de manera que en la «era posterior a Dios, es el viejo el que hereda sus insignias. *Age and decrepitude. Post-Deum, el viejo*».⁴² Lo interesante es que Sgalambro, siguiendo (y a la vez variando) la tesis de Schopenhauer, según la cual el conocimiento está necesariamente condicionado por el cuerpo (MVR, 18), considera que el cuerpo de anciano, con su declive, decaimiento y desilusión⁴³, con su abocamiento a la muerte, es el *órganon* privilegiado para conocer la idea de la realidad como «destrucción continuada» y el destino total del universo, que apunta directo a la muerte.⁴⁴ Sgalambro critica al «pobre Nietzsche, que se agarra a la ley de la conservación de la energía, e ignora el aroma metafísico del teorema de Carnot, una especie de

modo: la muerte es el «atributo de Dios» que Anatol-Sgalambro ha tenido a gala descubrir (*Anatol, op. cit.*, pp. 50 y 74).

³⁹ *Lettera sull'empietismo*, en *De mundo pessimio*, pp. 248-250 y *Frammenti di storia dell'empietismo, ibid.*, p. 269.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 251.

⁴¹ Sgalambro, M., *Trattato dell'età*, Adelphi, Milano, 1999, pp. 70-73.

⁴² Sgalambro, M., *Trattato dell'età, op. cit.*, p. 124.

⁴³ *Ibid.*, pp. 115-117: «El viejo construye su mundo a partir de la desilusión. Esta es su trascendental. [...] En él, la desilusión [el “principio de la desilusión”] se ha hecho cuerpo».

⁴⁴ *Ibid.*, p. 9.

física de la decreación», en la que la realidad «no deviene», sino que se disgrega poco a poco en la nada⁴⁵; y el «símbolo metafísico de “lo horrendo en sí”»⁴⁶, es decir, de esa aniquilación progresiva, es el anciano. El anciano es el *noúmeno* que va apareciendo tras ese *phaenomenon* que es el niño, igual que la nada aparece tras el ser del mundo, pues «el viejo es la imagen figurativa de la cosa en sí», que, en el fondo, es *tiempo*⁴⁷, un tiempo objetivo, descarnado, que se impone al sujeto, y que, en el fondo, es inmóvil. «A través del viejo se muestra el mundo tal como es, su fondo, y no su representación», por eso la vejez es *das absolute Wissen*, y su presencia estre-mece: porque es la presencia de la verdad⁴⁸. La meditación del viejo nos permite «tocar el punto más doliente de este mundo, absolutamente no *querido*». Los viejos son, en suma, el juicio natural del mundo, que nos permite evaluarlo y arrojar una sentencia definitiva sobre él...⁴⁹ Pero ya William Blake había expuesto a Dios bajo la figura del «Anciano de los días», y (el viejo) Schelling había afirmado, en las *Weltalter*, que la historia de la vida humana resume la historia del universo.

Es inevitable recordar, llegados a este punto de la reflexión sgalambriana, lo escrito por Philipp Mainländer, años antes de Nietzsche, en su *Filosofía de la redención* [*Philosophie der Erlösung* (1876)]: «Dios ha muerto y su muerte fue la vida del mundo»⁵⁰. A la vista de lo expuesto, parece evidente que Sgalambro, igual que Mainländer, concibe el universo como los restos de un Dios muriente, que va descomponiéndose a lo largo del tiempo: la muerte, también para Mainländer, tiene algo de sobrenatural, es decir, es consecuencia de una decisión pre-mundana de la Divinidad *fallecida*⁵¹.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 12-15.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 80.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 21-23.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 30-32, 48 y 78.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 128.

⁵⁰ Mainländer, Ph., *Schriften*. Band 1. *Die Philosophie der Erlösung* (1876), hrsg. u. mit einem Vorwort v. W.-H. Müller-Seyfahrt, Physik, § 38, p. 108 (trad. esp.: *Filosofía de la redención*, Xorki, Madrid, 2014, Física, § 38, p. 137).

⁵¹ En su *Moraletta sulla teología* [*Moraleja sobre la teología*], Sgalambro reconoce su deuda (y la de Nietzsche) con Mainländer: «El teólogo, para decirlo de forma jurídica, tiene establecido un contrato con la verdad...: “Amiga o enemiga mía, juro pensar solamente en ti y sumergirme en las profundidades más abisales para llegar hasta ti, escalar cimas, errar por los bosques o donde sea, aullar como un perro, con tal de llegar a ti”. Pascal, De Maistre, Donoso y también Nietzsche fueron de los primeros en comprender que todo dependía de la teología. Ellos fueron diletantes, pero vieron la importancia del teólogo como figura del futuro. Con ellos, aparece el nuevo teólogo como forma de existencia. Ellos, en cualquier caso, lo consideraron así... Incluiremos también a Mainländer entre estos extraños teólogos... [...] Desde que Nietzsche se apropió de él sin cumplidos, hubo un antes y un después para el tópico de la “muerte de Dios”. En Mainländer, en efecto, ya había aparecido precisamente en el sentido severamente prohibido por Plotino, quien afirmaba que el Principio no puede concentrarse en el mundo: una vez que se hubiese concentrado, también el mundo caería en la nada. O, para usar las duras palabras de Plotino, eso no sería otra cosa que “colapso y exilio”. Para Mainländer, en cambio, el mundo es el efecto de la autoaniquilación de la Causa: “Gott ist gestorben und sein Tod war das Leben der Welt” (*Die Philosophie der*

Ante este universo moribundo, compuesto por partes murientes, en el que «la muerte es cósmica, no humana»⁵², Sgalambro declara explícitamente que ha llegado «la época de la Gran Valoración [...], del gran Sí y el gran No, en la que toca evaluar al mundo mismo»⁵³; y, en dicha evaluación, él cree que es necesario tomar partido por la parte frente al Todo⁵⁴, pero la verdad, que está, como hemos afirmado, en contra nuestra, es «el Todo contra la parte, el Todo contra ti»⁵⁵. Para quien practica la noción peorista de parte, el Todo es el enemigo. «De Spinoza a Hegel, se ha dicho que la verdad es el todo, pero esta convicción la completo yo así: “La verdad es el Todo contra la parte”»⁵⁶.

Esta defensa de la parte contra el Todo (que termina, no obstante, aplastándola), le lleva a Sgalambro a un simpático retorno del hombre al sistema solar al que pertenece, que es su entorno más próximo y está dotado de una calidez que falta a los fríos e indiferentes espacios intersidiales, donde reinan la oscuridad y el terror. En un universo que no está hecho para nosotros, y en el que no se preveía desde el comienzo nuestra aparición⁵⁷ (Sgalambro rechaza cualquier validez del principio antrópico), nuestro sistema solar, ese «mundo cerrado», es donde encontramos nuestras auténticas raíces, y donde se halla nuestra querida patria⁵⁸. Es este mísero sistema solar lo que debe ser el verdadero objeto de nuestra reflexión, un objeto que genera tristeza⁵⁹, porque la ciencia físico-matemática nos hace comprender que es tan perecedero

Erlösung). “La aparente locura de las conclusiones” es un signo que prueba, como pocos, que en este tipo de filosofía puede reconocerse el pensamiento alejandrino (como sugiere Vacherot en la *Historie critique de l'école d'Alexandrie*). Que el mundo sea un *efecto* cancela el principio hegeliano por el cual la nulidad del mundo es el punto de partida para elevarse a Dios. En otro lugar de la obra citada, Mainländer escribe que Dios pasa del ser al no ser, de trascendente a inmanente. Es como si Dios —designado por este nombre solo en el momento inicial— se des-teologizase, se des-divinizase progresivamente. La idea de Dios volvería a ser legítima, si fuese pensada como la explosión de un centro ideal, de una X, y aun esta, cogida solamente en el momento del desintegrarse. Delante de la imagen del *Esse ipsum* que se disuelve, el atraso del ateísmo sería evidente. El problema determinante de la metafísica pasaría a ser el del auto-aniquilamiento de Dios. Las cosas se constituirían por una especie de efímera entificación, por una detención momentánea del ser en el curso de su volverse nada. Sin embargo, es imposible que la filosofía pueda recuperar el movimiento inverso a la caída y la cosificación. (Una convención tácita ha hecho de la filosofía la novela de los ricos y de la novela la filosofía de los pobres. En la *Philosophie der Erlösung* el joven Mainländer unió ambas)» (Sgalambro, M., *Della misantropia*, op. cit., pp. 42-44). Por lo demás, debo (y agradezco) al profesor Piercarlo Necchi la noticia de que Sgalambro deseaba publicar una edición antológica de textos mainländerianos, pero no logró encontrar editor para la misma.

⁵² Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, op. cit., p. 112.

⁵³ Sgalambro, M., *Trattato dell'età*, op. cit., pp. 23 y 73.

⁵⁴ Sgalambro, M., *De Caelo*, en *De mundo pessimo*, op. cit., p. 70.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 56.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 72.

⁵⁷ Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro*, op. cit., p. 134.

⁵⁸ Sgalambro, M., *De Caelo*, en *De mundo pessimo*, p. 78.

⁵⁹ Una tristeza que, cree Sgalambro, acompaña a toda la ciencia, incluida la matemática, para la que existe ahí un mundo, con toda su indiferencia y «putrefacta» realidad (cf. Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, op. cit., pp. 91 y ss.).

como nosotros, los humanos⁶⁰, y que moriremos del todo cuando muera nuestro sistema solar, pues el proceso cósmico en su totalidad es, sí, un *élan*, «pero un *élan* mortal», ligado a la idea de la muerte térmica (*Wärmetod*) y a la destrucción continua del universo⁶¹. Con esta tesis, Sgalambro logra conciliar el vitalismo de Bergson con la filosofía tanotológica de Mainländer. En *La muerte del Sole*, Sgalambro nos ofrece, como dice Alessio Cantarella, una fenomenología de la desesperación, una morfología de la *décadence*, en la que «la muerte térmica del cosmos sustituye al *eschaton* redentor»⁶²: constata que todas las cosas se disolverán, y que es segura la catástrofe universal, de la que ni nosotros ni nuestro sistema solar podrán liberarse de terminar disgregados en la nada⁶³. Lo único que importa en una situación terminal como esta es decaer con dignidad: «Decaigamos dignamente»⁶⁴, nos recomienda el archinihilista siciliano.

3. ÉTICA Y POLÍTICA DE LA DESESPERACIÓN: EL «COMUNISMO DE LAS POSTRIMERÍAS»

Para Sgalambro, esta conciencia del final, este pensar desde el fin del universo —que él denomina «pensar tardío», frente al «pensar auroral»⁶⁵ que ha dominado hasta el presente—, es la verdadera «guía de descarriados» que da sentido a la acción ética y social del ser humano⁶⁶.

⁶⁰ Para Sgalambro, «no hay metafísica sin física» (*Anatol*, *op. cit.*, p. 147), y dentro de esta, es necesario reflexionar, sobre todo, sobre las implicaciones metafísicas del problema de la energía (*cf.*: Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro*, *op. cit.*, pp. 92-95). Escritos como las *Réflexions sur la puissance motrice du feu* de Sadi Carnot, *Über die bewegende Kraft der Wärme* de Clausius y *Zur Theorie der Gasdifffusion* de Boltzmann son más decisivos para la metafísica que las propias reflexiones de Aristóteles o Hegel. En *La morte del sole* (*op. cit.*, pp. 75-96), Sgalambro da cuenta de cómo la matemática y la física contemporáneas conducen a una dramática desesperación, al más sombrío pesimismo y, finalmente, a la resignación: la matemática y sus números se ocupan «de todo aquello que ha muerto. [...] En la matemática se persigue la aniquilación [*l'annullamento*]. [...] La matemática es el drama absoluto y el lenguaje del pesimismo [...], el “latín” con el que el hombre de hoy en día celebra la liturgia de la extinción, sin comprender gran cosa de qué está sucediendo. Al final está el símbolo. La cortina del luto matemático se extiende sobre todas las cosas; y la física, por su parte, ¿no llama a la “nada” por su nombre, cuando formula la segunda ley de la termodinámica (que constituye el ataque más potente de Boltzmann contra Schopenhauer y Nietzsche)? ¿No culmina en la constatación del “caos cósmico” —“la cosa en sí es solamente el caos en sí”—, que esa fúnebre matemática se esfuerza en vano por organizar racionalmente?». Para Sgalambro, «el mérito de la ciencia es haber objetivado la nada», y esto en sus dos especies: la «nada físico-química» y la «nada matemática» (*cf.*: *Anatol*, *op. cit.*, p. 76): «¿Quién podría crear la matemática moderna (¿qué alma podría regurgitar similar himno a la noche!), si no fuese el alma de alguien que odiase la vida hasta ese punto, es decir, la del occidental? [...] Hemos dado a la “nada” la forma y figura como las exigía nuestro cerebro. Nuestra nada occidental, hecha de matemáticas, carne de nuestra carne» (*cf.*: *Anatol*, *op. cit.*, pp. 154-155).

⁶¹ Sgalambro, M., *De caelo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 77, *Dialogo sul comunismo*, en *ibid.*, p. 120 y Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, p. 86.

⁶² *Cfr.* www.sgalambro.altervista.org

⁶³ Falera, M., www.artribune.com

⁶⁴ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, p. 31.

⁶⁵ Sgalambro, M., *Trattato dell'età*, *op. cit.*, pp. 104-108.

⁶⁶ Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, p. 72.

Su propósito es escribir «una crítica de la razón práctica para el uso de los moribundos»⁶⁷, una «ética cósmica» en la que la acción únicamente adquiere sentido en cuanto se liga al eclipse del mundo⁶⁸. Para aquel que siente el mundo como finito y cobra conciencia de que las estrellas se están apagando, abrazarse al otro en el seno de una comunidad superior es el gran hecho ético. «Es como si nos abrazásemos en un adiós larguísimo, pero inevitable»⁶⁹.

El primer paso de la ética y la política sgalambrianas, propias de una «época tardía» ha de consistir, pues, en fijar nuestra mente en «*das Ende aller Dinge*»⁷⁰, y esforzarnos por «ser contemporáneos del fin del mundo»⁷¹. Todas las cosas se deben entender a partir del fin del mundo, de modo que el imperativo cósmico, que está a la base de cualquier reflexión práctica, ha de ser este: «sé contemporáneo del fin del mundo» y de la inevitable muerte térmica del universo⁷². Esta es la única manera posible de alcanzar la certeza de la verdad, y el estado de ánimo que propicia la liberación: cobrar conciencia de que, igual que acaban las representaciones teatrales, hay un final seguro de esa grandiosa (y grandilocuente) representación cósmica que es «el mundo como representación»⁷³. Así lo declara su *alter ego* Anatol, el «hierofante del fin de todas las cosas» y adalid del *derrotismo* [*disfattismo*]:

[Anatol] vivía como un contemporáneo del fin del mundo. Algo, sin embargo, que parece no preocupar a nuestra especie, la cual no parece perder la compostura por la idea del tiempo [...] Él, en cambio, asumía el fin del mundo como si estuviese ahí mismo. «Creo haber desvelado finalmente», escribía a un amigo, «el último secreto de la metafísica. Esta concierne a aquello que no ha sucedido nunca. [...] Tú *debes* ser contemporáneo del fin del mundo. Pero solamente si llegas a ser contemporáneo del fin del mundo, *tú debes*»⁷⁴.

Para cualquier conocedor de la filosofía de Mainländer, resulta evidente que estas ideas están inspiradas en la segunda ley de la termodinámica y en pasajes de la *Filosofía de la redención* como el siguiente (que Sgalambro cita expresamente):

[...] en el fondo, el filósofo inmanente ve en todo el universo sólo el más profundo anhelo de absoluta aniquilación; y es como si escuchase claramente el clamor que atraviesa todas las esferas ce-

⁶⁷ Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, p. 13.

⁶⁸ Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, p. 148.

⁶⁹ Sgalambro, M., *Dialogo sul comunismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 91.

⁷⁰ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, p. 81.

⁷¹ Sgalambro, M., *Dialogo sul comunismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 110.

⁷² *Ibid.*, pp. 114-115. *Cfr.*, asimismo, Sgalambro, M., *La morte del sole*, *op. cit.*, pp. 100 y ss.: «En último término, la última instancia en base a la cual se puede comprobar la universalidad de una máxima es referirla al fin del mundo» (*ibid.*, p. 176).

⁷³ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, p. 65.

⁷⁴ Sgalambro, M., *Dialogo sul comunismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 40.

lestes, exclamando: «¡Redención, redención! ¡Muerte para nuestra vida!», así como la consoladora respuesta que dice: «*Todos encontraréis la aniquilación, y seréis redimidos*»⁷⁵.

Sgalambro, nos propone, pues, no una filosofía de la creación, sino una filosofía de la destrucción, inspirada en el neoplatonismo destructivo de su admirado Mainländer:

Quando sintáis decir «creación» —advierte—, es necesario que os corrigáis y digáis: «destrucción». Todos somos fruto de esta: los astros, los árboles, los animales y nosotros (los reyes de la eyaculación): todos los cuerpos cósmicos que atraviesan como una turbina el espacio, según las leyes actuales. [...] Esta destrucción originaria la confirma un neoplatonismo que tengo en el corazón, y la teoría de un joven (expuesta en la *Philosophie der Erlösung*) que quiero resumir así: la idea de totalidad deviene legítima si se la piensa como un destruirse de un centro ideal, de una X que es cogida en el acto del disgregarse como un todo que se deshace. ¿Somos destruidos por un Dios junto con él mismo? [...] No osaré ir más allá, dice Anatol.⁷⁶

Vivir, por tanto, con la certeza de la extinción inevitable del sistema solar es esencial para alcanzar la contemporaneidad con el fin del mundo. Y cuando se alcanza esta certeza absoluta de la total nulidad y aniquilación segura del todo, «la compasión, *dernier* grito de toda moral efectiva, deviene “comunismo” [...] . El comunismo es el único *ethos* posible para los contemporáneos del fin del mundo»⁷⁷.

La idea del fin del sistema solar, de la muerte de las estrellas, de la temperatura cero y del colapso final del universo genera una «ética de la catástrofe», cuya máxima es: «actúa como si debieses salvarte constantemente a ti mismo y a los demás de una amenaza a la vida»⁷⁸. Adoptándola, la ética catastrófica del peorismo da lugar, en el plano social, a un mundo más humano, anticipado por el poder de la imaginación, y cuyo principal objetivo será «valer» más que «ser»⁷⁹. Es este comunismo potenciado, en el que resuena un lejano eco nietzscheano, al que se refiere Sgalambro, «no a aquel de la *merde*, el comunismo de los mendigos y de los miserables», sino el comunismo propiciado por los «clérigos laicos del espíritu», que comparten una comunidad de cosas inteligibles, en el sentido espinosiano de este término: una comunidad universal de hombres que comparten la riqueza espiritual.

La teoría política de Sgalambro es, según lo que acabamos de exponer, una versión nihilista del comunismo: Sgalambro teoriza un comunismo fundado sobre la común desesperación, sobre la indignación de estar en el mundo. Se trata de un comunismo de tintes leopardianos,

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 111-112, y Mainländer, Ph., *Die Philosophie der Erlösung*, Band 1, *op. cit.*, Metaphysik, § 14, p. 335 (*Filosofía de la redención*, *op. cit.*, Metafísica, § 14, p. 347).

⁷⁶ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, p. 106.

⁷⁷ Sgalambro, M., *Dialogo sul comunismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 114.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 124.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 125.

que se alza contra una naturaleza maldita (Veneziani); es, además, un comunismo que «va del solo al solo», como dice Sgalambro, parafraseando desde un punto de vista político a Plotino: un comunismo para solitarios, no socialista. Su versión peorista del pesimismo conjuga *El mundo como voluntad y representación* y *El capital*, porque piensa que existe una afinidad de base entre ambas obras:

[...] Mientras la sucesiva caída de la metafísica y la consiguiente extensión de la filantropía [...] eran saludados como un progreso, que había consistido esencialmente en no reconocer ningún poder extraño al hombre, para el crítico de la economía política, igual que para el gran exponente del pesimismo sistemático, era un «hecho empírico» que los individuos han estado siempre sometidos a un poder bestial ajeno a ellos. A la humanidad «iluminada» se le revela que una esencia maligna «*von Kopf bis Zeh, aus allen Poren, blut- und schmutztriefend*» [que mana sangre y locura desde la cabeza a los pies, por todos los poros,] teje su destino.⁸⁰

Sgalambro hace una lectura platónico-schopenhaueriana de Marx, sosteniendo que, a fin de cuentas, «el capitalismo no es otra cosa que la progresiva extensión de la voluntad»⁸¹: en la era del gran pesimismo, que es la nuestra, «el consumo es la consumación». Para Sgalambro, la industrialización ha «realizado» el platonismo, y el mundo de las Ideas ha sido puesto a cargo de la industria, que reproduce las ideas como «cosas» en millones de ejemplares. Aquello que un día fue la idea, situada en un mundo celestial, pero exangüe, se entroniza hoy en día en negocios lujosos, en los grandes mercados, a los que se dirige extasiado el platónico moderno, el hombre consumista. En el ámbito interno del pesimismo mundial, el consumismo no es más que una forma de la «aniquilación» que antaño predicaban los padres de la Iglesia⁸²:

El consumidor moderno es un platónico que juega con miles de «representantes» de la idea en la tierra; es un pesimista a pesar suyo, que realiza la aniquilación del mundo de la que hablaban sus padres. [...] Consumiendo, consumimos la civilización y somos consumidos por ella.⁸³

A todo ello se añade el poder de la técnica, cuyo objetivo nihilista no es otro que redimirnos de la vida, que se empeña en ir destruyendo, o al menos sustituyendo (especialmente, a través de las fantásticas *carceri d'invenzione* creadas por el transhumanismo): desde este punto

⁸⁰ *Ibid.*, p. 88. Carulli ha destacado la atrevida conjunción de Schopenhauer y Marx, aventurada por Sgalambro (cfr. *Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, pp. 131 y 161); sin embargo, también existe un antecedente de la misma en Mainländer, quien combina en su peculiar teoría política a Schopenhauer con el socialismo de Lasalle (cfr. *Mainländer, Die Philosophie der Erlösung*, Bd. II (1886), 8. Essay. «Der theoretische Sozialismus», pp. 277 y ss.).

⁸¹ Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, p. 149.

⁸² Sgalambro, M., *Teoria della canzone*, Bompiani, Milano, 2012, p. 56.

⁸³ Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, p. 151.

de vista, «existe una conexión de la técnica con el pesimismo mundial», porque la técnica supone la negación de la vida por otros, e impensados, medios⁸⁴.

Esta destrucción generalizada de la vida que culmina en la técnica constituye el «nirvana occidental» —un nirvana espurio, habría que decir—, que se apresta a sustituir al ser humano, como ser malogrado. En realidad, según Sgalambro, la técnica no es otra cosa que el resultado inevitable del «pesimismo mundial, que ha generado la técnica bajo la especie de la renuncia a la vida del tipo occidental. El ser humano inventa la máquina para huir de la vida».⁸⁵ El hombre, a través de la técnica y de la apología transhumanista de la maquinaria, busca, en realidad, la *pax technica*, con lo que la era de la vida (*malgré* Nietzsche) toca a su fin:

La técnica es la renuncia del hombre maduro a la vida salvaje, para hacerse máquina imparable. Esta es la vía occidental hacia el nirvana. El espíritu de la técnica no es el espíritu diabólico ni la ciega fe activista. El hombre-cosa es exaltado como el vacío místico, y su sangre es fría como la sangre de una serpiente. [...] Es, por tanto, la esfera vital lo que golpea la técnica; pero esta no es su misma esencia. Ella quiere redimir de la vida. [...] Está empeñada en hacer desaparecer lo vital, como si fuese un resto arcaico, algo en lo que se expresan aún antiguos terrores y sufrimientos. [...] [Mas] el vínculo de la técnica con el pesimismo mundial no se nota. Este pesimismo no silba para avisar. No mira la aniquilación como solución individual, como auto-negación de la voluntad, típica de la fase neobudista del siglo pasado [*i. e.* el XIX], sino que sobrepasa la esfera del individuo. [...] La técnica es, por tanto, el proceso cumplido de la anulación de la voluntad, que escapa a la nolutad individual. Ella realiza la anulación en aquello que produce. [...] Ella realiza el sueño de lo inerte, que en el dominio superficial de la historia tomó nombres y formas diversas; pero hoy parece que aparece con su verdadero rostro. [...] Las cosas [que produce la técnica] son nolutad coagulada.⁸⁶

Resumiendo: el comunismo pesimista de Sgalambro surge «cuando los hombres se encuentran próximos al abismo», y es «un vínculo solidísimo, que se crea cuando aparecen catástrofes»⁸⁷. El punto de partida del comunismo ha de ser, así, la toma de conciencia de la mortalidad, completa e inevitable, de toda nuestra especie:

Para mí, el presupuesto [del comunismo pesimista] es que morimos todos juntos. Es decir, que muere la especie. Que la humanidad pasada, la presente y la futura se constituyen en humanidad en el momento mismo en que activan, en cierto modo, la común contemporaneidad en el fin del mundo. Esto es lo que hace contemporáneos a todos los hombres, elimina sus disparidades metafísicas, y también, desde luego, las insulsas diferencias de la apariencia social. Y ellos llegan a ser una comunidad, sí, pero de moribundos [*morenti*]⁸⁸.

⁸⁴ Sgalambro, M., *La coscienza del peggio*, *op. cit.*, p. 101.

⁸⁵ Sgalambro, M., *Anatol*, *op. cit.*, p. 113.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 115-116.

⁸⁷ Sgalambro, M., *Dialogo sul comunismo*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 88.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 91.

Este comunismo desesperado⁸⁹ es, para Sgalambro, «el punto de llegada del pesimismo occidental»⁹⁰, pues, «sin un severo juicio sobre la vida [como el que lleva a cabo el pesimismo], no hay comunismo»; un juicio que no debe responder a la cuestión de si la existencia tiene un significado, sino si lo tiene la existencia misma del género humano⁹¹. Tan solo cuando «el pesimismo llegue a ser un sentimiento común», y advenga la «edad del gran pesimismo», con el ocaso de Occidente (que «contempla de cerca el fin del mundo»⁹², y por eso le lleva infinita ventaja espiritual a ese Oriente, tan jaleado por la progresía intelectual contemporánea, incluido su amigo Battiato), podrá consumarse el «comunismo de las postrimerías»:

Una conflagración histórica reducirá Occidente a fragmentos. La *ekpyrosis* del cosmos histórico disolverá la más bella forma que la historia haya tenido jamás. No se trata aquí de una frívola profecía, sino de una previsión, muy a tener en cuenta. El concepto de decadencia, o su complementario, el cumplimiento, [...] no se tratan suficientemente, y el recuerdo del «fin del mundo antiguo» se hace angustioso. Pensar que Occidente puede salirse fuera de todo esto y continuar con otros nombres, es desconocer que las formas, o viven, o decaen y perecen. [...]

Occidente no es una civilización frente a otra, que se llamaría, pongamos, «Oriente». Aquellos que comparan ambas, adjudicándoles bondades y maldades, cualesquiera que sean, no han comprendido que, por así decirlo, únicamente hay una civilización: Occidente. Oriente es solamente un modo de vivir, mientras que «civilización» es la energía de una forma que se impone directamente sobre el mundo [...] Occidente *se impone*. Sí, solamente Occidente es «civilización», y todas las demás (Oriente, por ejemplo), no son más que modos de vida. El eclipse de Occidente equivale al eclipse de la civilización. [...] Bandas de occidentales, ya sin forma, practicarán el «comunismo», a medida que las estrellas se vayan apagando, una a una.⁹³

⁸⁹ Carulli, A., en *Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, p. 45), ha llamado la atención sobre la vertiente «pesimista» de Marx, que tan bien ha sabido aprovechar Sgalambro; nos dice: «La atención de Marx a la miseria singular, al hecho de que en tales circunstancias no ser habría sido mejor que ser, le lleva a chocar con los padres de la historia de la filosofía, a partir de Agustín y Aristóteles, para los cuales la existencia viene antes que cualquier otra cosa, y es indiscutible su predominio sobre la nada. Lo que sucede es que hay situaciones en las que —añade Marx— es mejor no ser que ser miserables e infelices. Pero de este “marxismo desesperado” —así lo llama el mismo Sgalambro— el marxismo científico difícilmente podrá hacerse cargo [...]».

⁹⁰ Sgalambro, M., *Dialogo sul comunismo*, en *De mundo pessimo, op. cit.*, p. 93.

⁹¹ *Ibid.*, p. 94.

⁹² Sgalambro, M., *Anatol, op. cit.*, p. 151.

⁹³ Sgalambro, M., *Dialogo sul comunismo*, en *De mundo pessimo, op. cit.*, pp. 97-98. En *Anatol (op. cit.*, p. 142), Sgalambro llega incluso a decir que el concepto de «hombre» es occidental, y que «ser hombre [se entiende: el reconocimiento del ser humano, como sujeto de derechos] es algo solamente occidental». Sobre este defensa de Occidente, como única civilización, frente al Oriente como simple «forma de vida», *cf.* también: Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, p. 172.

4. LO EDIFICANTE Y LA CONSOLACIÓN

Por lo demás, en un mundo condenado por Dios a la aniquilación, y en el que la única esperanza del hombre apunta a la muerte; en un ámbito en el que la verdad eterna es que la verdad está en nuestra contra y que la vida del hombre es un infierno; en una realidad, en fin, donde es casi mejor no intervenir técnicamente, porque nuestra intervención acarrea casi siempre resultados aún peores que la inacción, solo le queda al hombre «lo edificante»⁹⁴: Sgalambro sostiene que el verdadero pensador no es actualmente aquel que compadece al otro (porque es difícil compadecer a alguien que, por lo común, nos es indiferente)⁹⁵, sino quien «consuela y conforta», es más: para él, la filosofía hoy, más que nunca, tiene la misión de «consolar y confortar»⁹⁶. Ante una verdad que horroriza, el gran hombre consuela y consigue darnos serenidad, sin traicionar a la verdad⁹⁷. Con ello, Sgalambro retoma la espléndida y milenaria tradición *consolatoria* de la filosofía, cultivada, entre otros, por Séneca y Boecio.

Esta es, por tanto, lo que el antiguo llamó «consolación de la filosofía». La filosofía no consuela con la verdad, sino a pesar de la verdad. A pesar de la verdad, ella me da fuerza para vivir, y sobre todo fuerza para pensar. Entiéndaseme: el pensar de la verdad, esto es con la verdad.⁹⁸

El consolador nos engaña, pero sin engañarnos, porque «habla de la verdad de un modo tal, que no parece la verdad, porque la verdad es un horror y a pesar de todo él hace amarla»⁹⁹. El hombre desesperado ante el horror del mundo y de la muerte clama por verse consolado; y la consolación no es acción, sino gesto y palabra, que edifican el alma apesadumbrada de quien cae presa del desconsuelo.

El filósofo edificante se aleja mucho de la concepción actual (posmoderna y posmetafísica) del filósofo: es un irresponsable, porque, a pesar de toda las evidencias y de toda la maldad que hay en el mundo, se esfuerza por consolar al otro (al otro que, por su comportamiento, habría muchas veces, casi siempre, que «odiar»); asimismo, no es alguien que «ame la sabiduría», sino que la odia, porque le aterroriza, ya que le muestra con la mayor evidencia el reinado del mal y del dolor en el mundo, y a pesar de ello «carga con el saber y con todo el rencor que este le despierta»¹⁰⁰. El filósofo edificante no enseña, *solo* consuela, y le habla al hombre únicamente de su «enemiga mortal», la cruda verdad eterna (a diferencia de la filosofía posmoderna, que considera que no existe la verdad); el filósofo edificante no oculta, ni a sí mismo

⁹⁴ Sgalambro, M., *La consolación*, Pre-Textos, Valencia, 2008, p. 43.

⁹⁵ En Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, *op. cit.*, pp. 131 y ss. se encuentra una dura crítica de la compasión, que no debe ser practicada por un auténtico peorista.

⁹⁶ Sgalambro, M., *La consolación*, *op. cit.*, pp. 44-45.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 45.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 46.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 47.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 75-80.

ni al consolado, que todos «seremos destruidos y engullidos en un abismo sin fin»¹⁰¹: consuela, por tanto, mostrándole al desconsolado el «lamentable fin» al que se encaminan todas las cosas; y lo hace, precisamente, porque piensa que esa crudeza de la verdad y la desesperación que ocasiona, hacen que el desconsolado ya no espere nada...; y eso le conforta, pues la angustia y la desesperación surgen cuando esperamos algo que no acaba de llegar:

La antigua consolación decía: «Ten coraje, Dios te acogerá en su seno». Hoy la consolación dice: «Estás acabado»; sin embargo, si te hablase como antes, no te habrías consolado, mientras que por estas últimas palabras sí te sientes consolado. Pero, ¿por qué? [...] El pensamiento de que ante la verdad todos nos sentimos desesperados, esto es lo edificante. [...] Nosotros fuimos destinados a la verdad; pero la verdad está en nuestra contra, esto es todo cuanto podemos decir.¹⁰²

En la ética sgalambriana, la consolación llega a sustituir a la compasión¹⁰³. Como indicamos anteriormente, es una ética para desesperados, pues para asumirla es necesario, primero, haber recorrido por entero el camino que lleva a la desesperación. El público de la única filosofía ya posible: la filosofía edificante, está formado por «aquellos que están cerca de la muerte» y que rozan el máximo desconsuelo: es una filosofía «para moribundos»¹⁰⁴. Pero el filósofo edificante no cuenta más que con la oratoria y la dulzura de su voz para consolar; pues es alguien que ha comprendido que todo está ya perdido, que no hay nada que hacer, y que «estamos en el punto en que no se puede actuar más, [...] sino hablar»¹⁰⁵, pues «la única salvación está en hablar»¹⁰⁶. El hablar edificante «es la última luz»¹⁰⁷, cuando la desesperación se ha adueñado del ánimo humano, y consigue que, gracias a un conjunto de máximas o de frases —meras palabras, «casi nada» en realidad¹⁰⁸—, se instale durante un rato en nuestro corazón la felicidad¹⁰⁹. Por eso, el filósofo edificante tiene mucho de *orador*, con lo que Sgalambro reivindica la unión entre oratoria y filosofía, que había levantado sospechas desde los sofistas.

5. ESTÉTICA DE LA DESTRUCCIÓN: ARTE Y MÚSICA EN LA ERA DE LA DESESPERACIÓN

Pero la consolación no es el único camino para soportar la desesperación: quedan el camino del arte y de la música, ambos bálsamos para el espíritu sajado.

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 85-151.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 156-157.

¹⁰³ *Ibid.*, pp. 162-167.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 236-242.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 176.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 212.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 179.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 204.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 191.

El Sgalambro «estetólogo»¹¹⁰ se opone frontalmente a la idea de Gadamer (al que califica sin tapujos de «imbécil»), según la cual el arte supondría ganancia de ser, y lo bello un incremento de la realidad: todo esto es absurdo, pues lo bello precisamente se caracteriza por su trascendencia, por destruir la realidad y cernirse sobre esas ruinas, que son las obras de arte:

Lo bello hace pedazos aquel pedazo de ser que es la obra de arte. Es la patente insuficiencia del ser lo que nos hace anhelar lo bello: lo bello no viene a confirmar el esplendor de Dios y del mundo [...], sino que el ser y su principio infernal, uno de cuyos nombres es Dios, son miserables en el verdadero sentido de esta palabra. Se trata de un divorcio este, el de lo bello y el ser, que no puede recomponerse: cualquier ontología de lo bello es una *contradictio in adjecto*¹¹¹.

Entiende Sgalambro que el producto estético, el objeto artístico, no existe en sí mismo, desde el momento en que

[...] en la belleza, la obra de arte misma desaparece tragada por el fuego sagrado. La belleza destruye la obra de arte a través de la que aparece, y la irreverencia de lo bello no se para delante de la obra de arte, sino que la barre para triunfar en solitario.¹¹²

Y también falla la estética en la consideración de lo bello, porque se centra en la obra creada y en el concepto de creación, sin darse cuenta de que el artista destruye con su obra los pilares del mundo. La tesis según la cual el arte es creación no cesa de ilusionarnos; pero en cada hálito suyo anida la destrucción de lo real, dejando como resto lo bello. Pues «la belleza fulmina la obra de arte que la porta en sí, y la primera víctima es ella misma», ya que es devorada por el fuego que emana de la trascendencia de lo bello:

La belleza es el éxodo de este mundo. Es como si ella lo abandonase con desdén en el momento en que se revela. Un silbido, un soplo de viento, una emoción intensa, y dentro de nosotros se hace de improviso el vacío. La misma obra de arte muere de muerte violenta, sorprendida por la belleza que se difunde como un rápido veneno. Esta se había introducido en aquella obra por vías secretas, y ninguno lo sabía. [...] El misterio de la belleza está en este no saber nunca de dónde y cuándo brota.¹¹³

De este modo, lo bello pone en su sitio al ser, diciendo que este, propiamente, «no es bello», y que, precisamente porque la obra todo lo que nos deja es un deseo, *ella* no es tampoco bella. Lo bello es, para Sgalambro, «la mortificación de la obra de arte»; y si no renegamos de

¹¹⁰ Es el término con que se refiere Carulli al Sgalambro teórico del arte: *cf. Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, p. 138.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 142.

¹¹² Sgalambro, M., *Anatol, op. cit.*, pp. 131-132. *Cfr.* también A. Carulli, *Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, p. 138.

¹¹³ *Ibid.*, p. 134.

ella, si no pasamos por encima de su cuerpo, no vemos nada. Es necesario que la obra de arte «muera» para que lo bello se haga sensible en el instante preciso de su muerte, que es fatal para ella. «[La obra de arte] debe morir para que lo bello aparezca, dejándonos solamente “*l'a-néantissement*”»¹¹⁴; algo parecido a lo que afirma Mainländer, cuando señala en su novela *Rupertine del Fino* (1875) que hay que saber penetrar en el «luminoso éter», atravesando las obras de arte y yendo «más allá de ellas»¹¹⁵.

Pasando a la música en general, y la música ligera en particular, ambas son, para Sgalambro, el paréntesis que encuentra el sujeto con la verdad a la contra para mitigar el peso de la Totalidad muriente que gravita sobre él.

Como es bien sabido, el papel redentor de la música ha sido destacado por el pesimismo desde antiguo (recuérdense los casos de Schopenhauer y Cioran), pero la reivindicación de la música ligera (*pop* y *rock*) contemporánea que lleva a cabo el pesimista de Lentini es más chocante: siguiendo a Nietzsche (al que considera el padre de la música ligera¹¹⁶), él la pondera como el auténtico dionisismo de nuestro tiempo, y sostiene que las discotecas y conciertos son «pequeños nirvanas»¹¹⁷, donde el *rock* induce al éxtasis a los jóvenes, esos «nuevos neoplatónicos», inmersos en sus cavernas artificiales¹¹⁸, que encuentran la «sacra identidad, pero no en el Uno, sino en el momento en que sienten volar sus pies y agitarse su cuerpo por todas partes»¹¹⁹.

Sgalambro no desprecia la música ligera contemporánea, sino que, más bien, considera que no existe una «teoría del *rock*» que esté a la altura de la misma¹²⁰. La música actual, «en la que parece haberse concentrado toda la poesía posible en nuestro tiempo, como si en ella exhalase el último (o al menos el penúltimo) suspiro»¹²¹ es la heredera del dodecafonismo dionisante, y «ha llegado a ser música ligera por desesperación»¹²², porque testimonia la muerte del espíritu, y al mismo tiempo ofrece una pequeña dosis de felicidad para superarla. En este sentido, «el *pop* es [para Sgalambro] el otro lado del *sol que muere, the bright side of the moon*»¹²³, y la canción, ese *Lied* actual, heredero del *Lied* de Schumann, que supone el cumplimiento del

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 135.

¹¹⁵ Cfr. Mainländer, Ph., *Rupertine del Fino, Schriften*, herausgegeben von W.-H. Müller-Seyfahrt, Band 4: *Die Macht der Motive. Literarischer Nachlass von 1857 bis 1875*, herausgegeben von W.-H. Müller-Seyfahrt und Joachim Hoell, mit einer Vorwort von Ulrich Horstmann, Georg Olms Verlag, Hildesheim-Zürich-New York, 1999, p. 287 (trad. esp.: *Rupertine del Fino. Novela filosófica*, Guillermo Escolar Editor, Madrid, 2018, p. 104).

¹¹⁶ Sgalambro, M., *Teoria della canzone, op. cit.*, p. 6.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 34 y *La conoscenza del peggio, op. cit.*, pp. 44-45.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 19.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 36.

¹²⁰ Sgalambro, *La conoscenza del peggio, op. cit.*, pp. 37 y ss.

¹²¹ Sgalambro, M., *Teoria della canzone, op. cit.*, pp. 6 y 31.

¹²² *Ibid.*, p. 45.

¹²³ Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro, op. cit.*, p. 179.

pesimismo¹²⁴, por su índole a la vez humana e inmanente¹²⁵, es el arte de nuestra época en decadencia, que palia el tedio de vivir en un mundo siniestro, haciendo que sus sombras se desvanezcan ante nosotros por un momento¹²⁶. Con ello, la canción muestra su pertenencia al género de la persuasión, por cuanto el cantante, al modo de un psicólogo vestido de cuero, conduce nuestra alma al dominio de una instantánea y breve felicidad, en la que se concentran y a la vez naufragan dos mil años de la civilización occidental¹²⁷.

En estos tiempos, abocados al gran pesimismo, la risa y el divertimento que produce la canción ligera son la respuesta de quien *sabe* que ya no nos cabe esperar nada¹²⁸, salvo «la re-dención prometida por la filosofía en un momento de locura»¹²⁹; por eso solo el pesimista sabe lo que significa el don que nos ofrece esta música¹³⁰, tan despreciada por la música clásica sería: la consciencia en su máximo grado, la «consciencia al cuadrado»¹³¹, de la inevitable muerte de nuestro sol y del universo entero, dominado por el segundo principio de la termodinámica. Habiéndose hecho contemporáneo de esta verdad, el sujeto *canta*, sin motivo alguno, y su banal canción encarna la «nada» de los precursores schopenhauerianos, traduciéndola a la palabra mágica «diversión», e invitando a los hombres desesperados a danzar alegremente, hasta caer derrengados¹³². Adelantándose al futuro, en el que con la muerte térmica se disolverán todas las obras maestras creadas por la humanidad extinta, la canción, con su carácter fugaz, nos «amaestra» para ese momento final de completa aniquilación¹³³: esta «música entrópica»¹³⁴ es la nadería que nos prepara para la nada *completa* que nos aguarda.

Por lo demás, la música ligera tiene en Sgalambro un sentido profundo, equivalente al que tuvo la música consagrada para Schopenhauer o Nietzsche: revela (sin desvelar) los escondrijos

¹²⁴ Sgalambro, *La conoscenza del peggio*, op. cit., p. 49.

¹²⁵ Carulli, A., *Introduzione a Sgalambro*, op. cit., p. 197.

¹²⁶ Sgalambro, M., *Teoria della canzone*, op. cit., pp. 25 y 5.

¹²⁷ *Ibid.*, pp. 17 y 37. Igual que la orquesta del *Titanic* tocaba mientras en barco se hundía, Sgalambro nos recomienda «cantar mientras se naufraga» (*ibid.*, p. 44).

¹²⁸ «En la edad del pesimismo, que es la nuestra, la diversión [*il divertimento*] es la respuesta de quien *sabe*. En este estúpido mundo, reírse y divertirse es la máxima que debería figurar en el frontispicio de una ética jovial. Una buena ética [...] se reconoce en la risa que concede. La música es la respuesta de nuestra época al más crudo pesimismo. El adiós al mundo será cantado: “This is the end, beautiful friend / This is the end, my only friend / The end of our elaborate plans / The end of everything than stands / The end”» (Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, op. cit., p. 37).

¹²⁹ Sgalambro, M., *Teoria della canzone*, op. cit., p. 27.

¹³⁰ Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, op. cit., p. 46: «Solo el pesimista puede saber lo que significa un don semejante. “¡Arriba, arriba ese tono de alegría, amigos...!” La música ligera porta la máscara endurecida de la risa, mientras bajo la máscara la vieja bribona se deshace en lágrimas y suspiros».

¹³¹ Sgalambro, M., *Teoria della canzone*, op. cit., p. 48.

¹³² *Ibid.*, pp. 51-52.

¹³³ *Ibid.*, pp. 64-65.

¹³⁴ Sgalambro, M., *La conoscenza del peggio*, op. cit., p. 48.

más secretos de la esencia del mundo (si es que existe una esencia), y, de paso, el misterio de una vida que sin ella resulta injustificable, precisamente porque «la estupidez de la canción [...] es un equivalente exacto del Espíritu del mundo, que es estúpido»¹³⁵:

Que la esencia se da al ver, a un ver superior, o habla como *logos*, y por tanto que la esencia sea palabra, es algo archisabido. Que la esencia *se oiga*, es lo que da a la música su espacio en los cielos. [...] Según la definición de Thomas Mann, la música es idea acústica. Es más apropiado decir que ella es la idea acústica del ser.¹³⁶

Si para los antiguos, el sonido del *aulos* era el órgano de la pasión, que acompañaba las fiestas o los funerales; si para Schopenhauer la flauta fue también el órgano metafísico, mediante el cual penetró en los secretos del mundo y de la música, hasta el punto de que su obra principal podría haberse llamado, dice Sgalambro, «el mundo como música» o «el mundo como flauta» (Sgalambro, como buen epígono de Schopenhauer, no habría vacilado en titularlo «el mundo como canción»¹³⁷), análogamente, en la música actual, el sonido de la batería «es cosa en sí [...], [al tiempo que] el batería, como un gnóstico, castiga a baquetazos al Principio Maligno, apuntando con su arma y disparando directamente contra el cielo»; por su parte, la guitarra eléctrica nos guía por el *Sheol*, ayudándonos como Orfeo, a recorrer el mundo de ultratumba, y el cantante actúa como «el hermeneuta *princeps* que nos conduce de la mano, atravesando entre el sonido y la voz, el infierno de la contemporaneidad», consiguiendo, a la vez, ligarnos a la vida —«mientras él canta, también la muerte calla»—, y liberarnos de ella¹³⁸. Y no solo eso: la canción es, al mismo tiempo, y por su fugacidad, «música entrópica, música que se destruye a sí misma»¹³⁹, como ese universo condenado a la extinción total, y praxis que nos aproxima al otro (en el sentido que da a este término Lévinas), desde el momento en que relaciona socialmente a los seres humanos entre sí, amigándolos, ante el fin inevitable¹⁴⁰.

Para Sgalambro, en suma, en el comienzo no fue la palabra, ni la armonía, ni el alma es anterior al cuerpo, sino que la palabra, la armonía musical y el alma vienen *después*. El alma no pertenece a los orígenes, sino que se forma «al *final* de la vida», cuando estamos acabados físicamente, y está formada por «nuestros amores, la ternura que hemos recibido y la dulzuras que hemos intercambiado»¹⁴¹. Eso: el arte y la música, es lo que le queda al sujeto, tras el horror de la muerte natural y la completa descomposición que nos espera, si no sucede que algún día el suicidio sea la última muerte (aunque el filósofo siciliano no se suicidó y alcanzó

¹³⁵ Sgalambro, M., *Teoria della canzone*, *op. cit.*, p. 39.

¹³⁶ Sgalambro, M., *Contro la musica. Sull'ethos della musica*, en *De mundo pessimo*, *op. cit.*, p. 165.

¹³⁷ Sgalambro, M., *Teoria della canzone*, *op. cit.*, pp. 39-40.

¹³⁸ *Ibid.*, pp. 19, 43-44 y 54.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 58.

¹⁴⁰ *Ibid.*, pp. 20-21 y 30.

¹⁴¹ Sgalambro, M., *Della misantropia*, *op. cit.*, p. 56.

la venerable edad de noventa años¹⁴²). Si su tesis es cierta, debió de conformar para sí un alma plena de riquezas espirituales. Lo dijo Franco Battiato: «Manlio Sgalambro dice ser solo un filósofo, pero en mi opinión es un talento que estimula y enriquece».

¹⁴² La posición de Sgalambro frente al suicidio queda sugerida en este intenso pasaje de *Anatol* (*op. cit.*, pp. 91-92): «El suicidio [...] —le dice Anatol a una amiga imaginaria, en una carta también imaginaria— no encuentra particular audiencia en la filosofía actual. Conozco tu educación clásica, y hemos discutido muchas veces sobre el suicida, como un magnífico ejecutor de las órdenes del destino. Pero, hay que decirlo, ¡qué diferente es la filosofía de hoy! Ya no permea la existencia, y está como relegada a los verdes pastos, con sus filósofos de pasatiempo. Nosotros, que practicamos la filosofía por necesidad, por nuestro mal fario, tenemos otra relación con el suicidio y una tentación constante hacia él, Procuraré, por tanto, responderte brevemente, como es decente hacerlo en asuntos como estos. Comprendo tu juvenil wertherismo. Pero, respóndeme: ¿hasta qué punto hay una causalidad del dolor? Recuérdalo: el dolor es cosa pasada. El signo que queda en la conciencia, mientras el cuerpo ya ha olvidado. Escúchame: trata los movimientos del ánimo como los movimientos del intestino. Ciertamente, un día será necesario pegarse un tiro, pero entretanto, vivamos (“yo soy” no significa el ingenuo “yo existo” de Descartes, sino: “yo no me he matado aún”. En la época del fin del mundo, esto es cartesianismo). Por lo que se refiere a nuestro discurso, ambos sabemos que para el héroe moral el suicidio siempre es posible, que él siempre tiene abiertas las puertas del mundo, para salir de él, como quien sale a dar un paseo. Sonríe y se va a estirar las piernas. Te autorizo a suicidarte, sí, pero solo en un momento de alegría».

